

IV. LA INTERVENCIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS EN LA GUERRA CONTRA EL NARCOTRÁFICO. EL CASO DE MÉXICO.

Por Enrique Hubbard Urrea

El narcotráfico es sin duda uno de los más peligrosos flagelos que amenazan a la sociedad moderna a nivel mundial. A pesar de que no es nuevo, como demuestran las guerras del opio en China o los enfrentamientos fronterizos en Turquía, es hasta las últimas décadas que se ha convertido en rival de naciones y depredador de conciencias.

En México se dan varias lecturas, según sea el enfoque específico.

Para algunos, el uso del peyote y otros hongos alucinógenos en ciertos rituales demuestra que se trata de un fenómeno cultural. Para otros, el bajo índice relativo de narcómanos es evidencia fehaciente de que se trata de usos adquiridos, incluso producto de la imitación extra lógica de conductas provenientes de otros países.

Lo cierto es que el cultivo y procesamiento son de reciente origen, al parecer resultado de una combinación de factores: la inmigración china y la segunda guerra mundial.

En efecto, la diáspora china reventó en nuestras costas con gran fuerza, para después ser objeto de campañas racistas en diversas regiones. Se dice que las expulsiones fueron masivas y que un numeroso grupo buscó refugio en las serranías de Sinaloa¹, colindantes con Durango², donde establecieron por vez primera el cultivo de amapola, no precisamente para ornato.

Por otra parte, con el advenimiento de la segunda guerra mundial se presentó una fuerte escasez de materia prima para fabricar morfina, que el ejército norteamericano necesitaba para sus tropas.

¹ El Estado de Sinaloa, se ubica en el Noroeste de México, limita al Norte con los estados de Sonora y Chihuahua; al Sur con Nayarit; al Este con Durango y al Oeste con el Océano Pacífico. Su superficie de 58,092 kilómetros cuadrados lo ubica en el décimo séptimo lugar con respecto a la extensión del País. Cuenta con 608 kilómetros cuadrados de superficie insular, 17,751 kilómetros cuadrados de plataforma continental o parte sumergida, 656 kilómetros de litoral, 221,600 hectáreas de lagunas litorales y 57,000 hectáreas de aguas continentales.

² Estado de Durango, la superficie de su territorio es de 123,181 km² y representa el 6.3% de la superficie del país. Colindancias: El estado de Durango colinda al Norte con Chihuahua y Coahuila de Zaragoza; al Este con Coahuila de Zaragoza y Zacatecas; al Sur con Zacatecas, Nayarit y Sinaloa; al Oeste con Sinaloa y Chihuahua.

México se convirtió en el principal abastecedor de goma de opio, de manera legal y razonablemente controlada, pero al finalizar la conflagración se intentó secar esas fuentes en el peor momento, cuando regresaban a casa miles de soldados a los que las heridas sufridas los habían habituado a la morfina.

El tema no era de actualidad y la poca literatura disponible era maniquea, o aterradora u optimista, como indican las obras *“El Hombre del Brazo de Oro”* y la biografía del pugilista Max Baer. Imperaba la ignorancia.

Los productores mexicanos encontraron sus propios canales de distribución, así como mercado para otros cultivos, tales como la marihuana.

La región serrana entre Sinaloa y Durango ocupó pronto un lugar distinguido como zona productora de estupefacientes, pero se trataba de la etapa de la inocencia, en la que no existía conciencia del tamaño del mal ni habían surgido presiones internacionales para su combate.

Al crecer el problema y enriquecerse con un movimiento cultural de rebeldía juvenil en los años sesenta, comenzó una interminable campaña que ya se ha convertido en guerra y que no tiene final previsible.

El narcotráfico en su actual dimensión consta de tres vertientes, caracterizadas por el tipo de producto. El cultivo de marihuana y amapola presenta matices especiales, pues en su mayoría se utilizan terrenos recónditos, en medio de lo más abrupto de la sierra, donde los delincuentes son campesinos que constituyen el estrato mas bajo de la cadena productiva.

La penosa situación económica de estos mexicanos mal atendidos, así como una ya larga tradición que se transmite por estirpes, complican aún más el problema. El combate a este sector de la cadena productiva se realiza a base de destrucción de plantíos, con éxito muy relativo.

En otra vertiente, el procesamiento de los estupefacientes se realiza en laboratorios urbanos y los sujetos encargados son de otro estrato social, usualmente personas con habilidad empresarial que también participan en la administración y transporte.

El tráfico a su vez se da en diversas instancias, según se trate de trasladar la materia prima a los laboratorios o de hacerla llegar al mercado de consumo, los Estados Unidos.

A todo esto habría que agregar el negocio más moderno y lucrativo, es decir, el tráfico de cocaína. Ésta no es endémica en México pero el país

se ha vuelto trampolín de entrada al insaciable mercado norteamericano y los capos más notorios trabajan en contubernio con los de Sudamérica.

A últimas fechas, viene a sumarse la producción y trasiego de anfetaminas y meta anfetaminas. Es en estos últimos aspectos donde se encuentra el meollo del problema.

Ahora bien, conforme crecía el tamaño del negocio y sus correspondientes dividendos, mayores cantidades fueron dedicadas a la compra de silencio, de apoyos y de protección. Todo ello contaminó las filas de las mismas autoridades encargadas de combatirlos, con lo que se convirtieron, y siguen siendo, parte del problema y no parte de la solución.

Pronto se percibió la necesidad de buscar grandes remedios, de tal suerte que se echó mano de las fuerzas armadas, a fin de capitalizar su mayor disciplina y solidez ética. Hoy no hay región militar que no tenga como una de sus tareas más importantes y abrumadoras la campaña permanente contra el narcotráfico.³

Obviamente esto acarrea a las fuerzas armadas problemas serios, entre los cuales podemos señalar:

- Vulnerabilidad a la fuerza corrosiva del dinero fácil;
- Indefinición del rol que les toca desempeñar a los militares;
- Aislamiento de éstos respecto de las supuestas fuerzas coadyuvantes, las policías federales, identificadas más como el enemigo que como aliadas;
- Falta de sentido de misión, pues la convicción general es de que se están desviando recursos humanos y materiales que deben usarse en las verdaderas misiones de las fuerzas armadas y;
- Sensación de futilidad ante la poca mella que se hace al lucrativo ilícito.

A pesar de todo, en nuestra visión el papel hasta ahora desempeñado no va a disminuir. Todo lo contrario, hasta ahora se ha limitado el accionar de las fuerzas armadas a la destrucción de plantíos y algunas labores de apoyo, con lo que nuestro mejor recurso se dirige a la parte más débil de la cadena.

Hasta cierto punto existe coincidencia entre lo que los norteamericanos plantean y la situación descrita; ellos quieren combatir el problema en su origen, sin reconocer que la causa es el mercado; mientras que en

³ Nota del Editor: Para mayor información favor de ver Campaña Permanente contra el Narcotráfico. Discurso del General de Brigada Diplomado de Estado Mayor, Sergio Aponte Polito, Comandante de la Novena Zona Militar, México. <http://www.sinaloa.gob.mx>

México se apunta el arma más potente a la parte menos poderosa del narcotráfico.

Una vez declarado el narcotráfico como un problema de seguridad nacional, se debería reconocer que se trata de una guerra y proceder a combatirla de manera integral, con las fuerzas armadas al frente pero con la sociedad entera respaldando; con educación, con medidas fiscales, sanitarias, de comunicaciones, legales, judiciales, etc.

Lamentablemente eso implica caminar en sentido opuesto al sentir de las propias fuerzas armadas, es decir, en lugar de excluirlas del conflicto tendrían que ampliar su participación a la parte jugosa del negocio, a los niveles de decisión, atacando a los ejecutivos de la empresa y no sólo a los peones; después de todo, es ahí donde se está perdiendo la guerra.

Indudablemente, eso parecería como una concesión a las pretensiones de los norteamericanos, que no pierden oportunidad de presionar en tal sentido. Pero definido el problema como de seguridad nacional no vemos cómo puede eludirse la responsabilidad de las fuerzas armadas en su combate.

En realidad el planteamiento debiera ser al revés, es decir, la no participación de las fuerzas armadas en la guerra contra el narcotráfico acarrearía serios peligros para la seguridad nacional.

Por ultimo, a pesar de entender e incluso de simpatizar con los argumentos de las fuerzas armadas, en el sentido de que el precio de su participación es muy alto, su formación ética, disciplina y lealtad a toda prueba las destina a librar esa batalla por el bien de la nación, a despecho de costos y facturas.